

Testimonio de Josefina Cintrón

Terremoto, por: Josefina Cintrón



La mañana del viernes, 18 de octubre de 1918 fue una clara y soleada en mi pueblo de Mayagüez, Puerto Rico. Mi familia se levantó temprano y mi madre y mis dos hermanas adolescentes estaban discutiendo la gran celebración que iba a suceder el próximo día, el Día de la Raza. Mi madre le sugirió a mis hermanas que no fueran a la escuela ese día para que se quedaran en la casa terminando de bordar sus vestidos que se suponía utilizaran para su presentación por la noche en el baile que se llevaría a cabo en el Centro Español.

Mis dos hermanos mayores y yo, caminamos a la escuela como de costumbre. Yo estaba en el 5to grado de la Escuela Primaria. Los grados cuarto, quinto y sexto estaban en el segundo piso del edificio de la escuela. Recuerdo que eran cerca de las 10 en punto de la mañana y el Sr. López, nuestro maestro, estaba de pie frente a la clase explicando algunos problemas de aritmética. La clase estaba cerca de terminar para nuestro periodo de receso entre 10:15 y 10:30.

De repente escuchamos un ruido atronador que venía de debajo de la tierra. Nosotros no sabíamos lo que era, pero todos nos asustamos. El Sr. López dejó de hablar y nos miró con ojos escrutadores. Unos segundos más tarde sentimos nuestro salón temblar fuerte, muy fuerte. En un impulso, todos comenzamos a correr hacia el pasillo y luego hacia las escaleras. En ese momento todo el mundo estaba gritando y corriendo por las escaleras. Fui empujada y empujé, quería salir. Vi muchos niños cayéndose y otros corriendo sobre ellos. Todavía ese horrible temblor.

Por fin pude salir fuera del edificio y al aire libre, entonces vi a mi hermano mayor viniendo a buscarme. El asistía a la escuela secundaria junto a la escuela primaria. Ahora me

sentía segura, pero no supe lo que había sucedido hasta que mi hermano me lo explicó. Tomados de las manos, comenzamos a correr hacia nuestra casa. A una cuadra de distancia de la escuela, vimos nuestra sirvienta viniendo. Ella era una mujer negra muy querida, todavía puedo verla vistiendo su largo delantal blanco, viniendo a nosotros con los brazos abiertos para abrazarnos. Mi segundo hermano mayor se nos unió y todos caminamos a nuestra casa a unas pocas cuadras de distancia.

Mi madre y mis dos hermanas estaban en la calle esperando por nosotros. Todos nos aferramos los unos a los otros como pequeños gatos asustados. Las personas iban y venían en pánico, buscando a sus familiares. Todavía en nuestra familia faltaba nuestra hermana menor, a quien nuestra otra sirvienta había llevado al kínder. Nos sentimos aliviados en un ratito cuando las vimos a ambas viniendo a unirse a nosotros.

Cada varios minutos había réplicas pero no tan fuertes como el primero. Ahora escuchamos gente corriendo y gritando; “el mar está viniendo”, “el mar está viniendo”. Las personas a lo largo de la costa vieron el maremoto elevarse varios pies sobre el suelo y pensaron que iba a cubrir el pueblo completo. Mi madre se asustó, tomó a sus seis hijos y comenzó a caminar hacia el pueblo. Caminamos una gran distancia por el medio de la calle; las aceras eran peligrosas con edificios cayendo. Brincamos sobre ladrillos, vidrio y postes eléctricos, mirando hacia tras de vez en cuando para verificar si “el mar estaba viniendo”. Vimos mucha gente herida y sangrando y escuchamos sobre un par de escuelas que habían colapsado y matado muchos niños.

Eventualmente caminamos fuera de la ciudad, todavía aferrados unos de los otros, y llegamos a tierra alta, donde mi madre se detuvo. Parecía seguro allí, no habían edificios ni casas cercas que pudieran caer. Después de un rato, vimos a la distancia un hombre cabalgando frenéticamente rápido. Mi madre sabía quién era y se paró en su camino. Era mi padre viviendo desde nuestra plantación de café en las montañas, donde se estuvo quedando por unos días. ¡Qué felices estábamos todos de abrazarlo!

Comenzamos de inmediato a retirarnos hacia nuestra casa, nuevamente tropezando entre tanto escombros. De vuelta a casa, muchos de nuestros vecinos cuyas casas habían sido dañadas, se mudaron con nosotros. Tuvimos suerte que nuestra casa de madera resistió los temblores. Un día escuche decir a mi madre que teníamos treinta personas en la casa, a todos los cuales mis padres alimentaban. Por la noche, los niños se acostaban en el suelo y los adultos usaban cualquier cama que podían encontrar. A menudo nos despertaban leves temblores, que duraron por muchas semanas. No tuvimos agua ni electricidad en la ciudad por mucho tiempo.

Por la noche, en la oscuridad, las personas se reunían en una procesión, caminando por todas las calles llevando velas encendidas y rezando en voz baja. Todos nos íbamos al balcón a verlos y escucharlos. Daba miedo ver las velas moviéndose en la oscuridad. Los temblores

fueron disminuyendo a medida que los días pasaban y las cosas tomaron un tiempo para volver a la normalidad. Las escuelas estuvieron cerradas por un par de meses, y le tomó años a la ciudad poder reparar las casas y edificios.

Setenta y tres años más tarde, hoy, todavía tengo la vívida memoria de esta trágica experiencia durante mi niñez.

Josefina Cintrón, 1991

Original: Earthquake By Josefina Cintrón
Traducido por Educación- RSPR, 2014